
LA ESTRUCTURA DE LA PERSONALIDAD: EL RETORNO A LA PSICOLOGÍA DE LOS ESTRATOS EN PHILIPP LERSCH

Iván Maurial Chávez

Resumen

A partir de una reconsideración del concepto de "psicología profunda" el autor expone la idea de profundidad del psicoanálisis y de la psicología fenomenológica que incluye los aportes de la teoría de los estratos.

Se enfatiza el protagonismo del yo (alma espiritual, sí mismo personal) como rector de la estructura de la personalidad. Esta concepción antropológica está sustentada en el discurso humanista de López Ibor, Viktor Frankl y Leopoldo Chiappo. Asimismo se presenta la tectónica de la personalidad según Philipp Lersch como estructura axiológica, integrativa y pluritemática.

Finalmente, el autor reflexiona acerca de la reivindicación de la espiritualidad en psicología y de la importancia del respeto no forzado a la persona como presupuesto para hablar de psicología humanista.

Abstract

The author explains from a reconsideration of the "deep psychology", concept psychoanalysis and phenomenological psychology's idea of depth which includes the contribution of the stratum theory.

The protagonism of the self (spiritual soul, personal self) is emphasized as the controlling element of personality structure. The anthropological view is supported on the humanist discourse of Lopez Ibor, Victor Frankl and Leopoldo Chiappo. Likewise, personality tectonics according to Phillip Lersch is presented as an axiological integrative, and plurithematic structure.

Finally, the author meditates on the recovery of spirituality in psychology and on the importance of non artificial respect for the human being as the basis of humanist psychology.

PALABRAS CLAVE: Psicología Profunda, Psicología Fenomenológica, Teoría de los Estratos, Tectónica de la Personalidad.

KEY WORDS: Deep Psychology, Phenomenological Psychology, Stratum Theory, Personality Tectonics.

Reseña del Autor:

Licenciado en Psicología. Docente UNIFÉ. Miembro fundador del Instituto Viktor Frankl de Psicología y Filosofía de la Conducta de Lima (IVF)

1.-APROXIMACIONES A UNA PSICOLOGIA PROFUNDA

Cuando nos referimos a la “Psicología Profunda”, inmediatamente pensamos en aquella psicología que nos remite a un estrato inconsciente. Los nombres de Freud, Adler y Jung encabezan la lista de lo mejor de este movimiento.

Los psicoanalistas apoyados en la idea de la estratificación de la vida psíquica plantean una dinámica compleja y bien armada de procesos que explicarían la conducta. El yo se encuentra emparejado entre el ello y el super yo. El yo es un desarrollo posterior del ello que ahora le sirve de vasallo en su lucha por el equilibrio interno. El super yo lo conforman las normas morales que a lo largo de la historia del individuo van reprimiendo el espontáneo desenvolvimiento del organismo. Esta coerción externa la protagonizan el padre, el educador y la sociedad.

Para esta concepción del hombre, lo que en la vida tiene de apariencia noble, no es más que el resultado de la sublimificación¹ de los impulsos libidinosos del ello. La postura psicoanalítica propone que los impulsos no satisfechos por la presión de la cultura se transforman en amistad, amor y otras formas de trascendencia. Se trata de una alquimia que convierte el simple barro en oro puro. Lo auténtico es entonces aquello que subyace al yo.

Según la formulación analítico-freudiana existe por debajo de la vida psíquica consciente una vida psíquica inconsciente, con dinámica propia. En la manifestación total de la vida, los planos subconscientes tienen mayor importancia que los conscientes. Por esta razón el hombre es el ser que se ignora a sí mismo. Pero no se ignora en el sentido que expusimos cuando hablamos de la psicología de la máscara², según la cual el hombre es un ser dual por naturaleza. Entonces nos

-
1. Los Psicoanalistas llaman “sublimación” a la sustitución de lo que es pulsión reprimida por algo que la cultura denomina “sublime”. Desde una perspectiva fenomenológica - existencial lo sublime existe como algo valioso en sí mismo y es a lo que tiende el sí mismo personal como centro integrador y voluntario. La verdadera sublimación consiste en la espiritualización del instinto que es una forma elaborada de satisfacerlo, algo muy distante del erotismo primitivo y rústico. Por este motivo Honorio Delgado reserva el término “sublimación” a la acción del espíritu sobre la vida instintiva, y “sublimificación” a lo que los psicoanalistas llaman “sublimación”.
 2. En Defensa de la Máscara. Sobre la necesidad de hipocresía y la búsqueda del yo interior. (Artículo del autor) Rev. Logo. Fundación Argentina de Logoterapia “Viktor E. Frankl”. Buenos Aires. N° 26/27. Mayo - Noviembre: 1998 y en Revista de Neuro-Psiquiatría. Lima, N° 2 Junio de 1999.

referíamos a la profundidad del sí mismo personal que no se puede “coger a sí mismo” precisamente porque es un sí mismo que para conocer primero conceptúa³.

Es más fácil hablar de lo que hay en el hombre, pero es muy difícil decir quien es:

“Con la ayuda de un telescopio se pueden observar todos los planetas del Sol, con una excepción: queda excluido el mismo planeta Tierra. Algo semejante nos pasa a los hombres con todo el conocimiento: Todo conocimiento, en cuanto es conocimiento humano, esta vinculado con una situación. Sin embargo, donde está la situación, no puede haber objeto y así el sujeto nunca puede convertirse en su propio objeto de forma completa” (Frankl, 1990:86)

En la postura psicodinámica el hombre es un ignorante de sí mismo en otro sentido: este ignora que todo lo que hace tiene una segunda intención que en el fondo es su verdadera intención. Y esta verdadera intención tiene poco que ver con valores y tiene mucho que ver con deseos e impulsos reprimidos.

Este no es el lugar para decidir quien tiene la razón acerca de la conducta humana. Sólo me es lícito anticipar que cada sistema teórico tiene su grado de validez y que todo lo que se diga es cierto siempre y cuando esté dentro de los límites del sistema que lo acoge. Lo que otorga validez a un presupuesto es su grado de coherencia interna, pero la coherencia interna no garantiza que el presupuesto sea verdadero.⁴ La verdad está más allá de un sistema que pretende explicar algo y la psicología aún está buscando ponerse de acuerdo en qué es lo que pretende explicar. Por esta razón una Psicología, si desea ser seria y más completa no debe considerarse la única respuesta a la pregunta por el ser humano.

Volviendo de la digresión acerca de los presupuestos psicológicos, estábamos hablando de cómo se interpreta la profundidad del alma en el psicoanálisis y en la fenomenología existencial. La influencia del primero en la atmósfera intelectual de nuestro tiempo es evidente. Para muchos, lo profundo es lo inconsciente en el

3. “concepto” proviene del verbo latino “concupere” y éste, a su vez de “capere” que significa “coger”. El sí mismo personal no se puede conceptualizar (coger) a sí mismo porque es él precisamente el conceptualizador de todo lo que es conocible.

4. La ciencia está todavía en este nivel porque su historial está constituido por paradigmas que sólo tienen vigencia en un contexto histórico y cultural específico.

sentido freudiano. Lo profundo se revela a través de los actos fallidos, de los ensueños y de las neurosis. Sin embargo desde otra concepción del hombre la profundidad puede recaer en el yo y no en el inconsciente reprimido.

Para aclarar esta última idea, es necesario considerar que la propuesta válida de situar el estrato inconsciente del ello por debajo del yo consciente es sólo un recurso del lenguaje figurado. Sabemos que la vida psíquica es inespecial y que el verdadero referente de profundidad es lo primario y auténtico del ser humano. Si los freudianos señalan el ello, la fenomenología señala al sí mismo personal cuya esencia nos remite a lo que los psicoanalistas denominan yo.

Qué es el yo, supone que el yo es una cosa. Y así se admite en muchas psicologías. En el psicoanálisis ocurre ese proceso de cosificación del yo, del ello y del super yo, por eso se lo manipula teóricamente con facilidad. Sin embargo en la vida cotidiana el hombre no se concibe como un objeto manipulable. Cuando dice “yo” luego se pregunta “¿Quién soy yo?” y no “¿Qué es yo?”. A este cuerpo que dice “yo” le incomodan las dictaduras, y más temprano que tarde se rebela ante alguna pulsión del fondo endotímico⁵ o ante un gobierno tiránico que lo priva de sus derechos.

Nuestra concepción de la persona estratificada⁶ supone un centro personal autónomo. La autonomía del individuo racional nos dice de su voluntad libre. Y es esta voluntad la única que está en condiciones de reprimir las pulsiones del fondo endotímico o darles tonalidad espiritual:

“Hay la espiritualización del impulso, forma extraordinariamente elaborada y diferenciada, que se dirige a la otra persona integralmente, espiritualización del impulso por el cual éste alcanza su objeto propio, la persona amada, su cuerpo, y a través del refinamiento y de la elevación de la comunicación interpersonal y de los medios mediadores de la cultura del trato, de la cortesía y de la gracia, el encanto de las maneras y el brillo de la inteligencia como fiesta añadida a las dulzuras de la voluptuosidad, mutuamente correspondida”. (Chiappo,2002:13)

5. Subestructura instintivo-afectiva, equivalente al ello freudiano.

6. La psicología de los estratos es una orientación antropológica influida por la filosofía de Nicolai Hartmann, el psicoanálisis freudiano y los aportes de la neurofisiología. Sus teóricos más reconocidos son Erich Rothacker y Philipp Lersch. La virtud de este enfoque fenomenológico es su capacidad para integrar distintas escuelas en una visión pluritemática de la vida psíquica.

Existe en el ser humano una capacidad de oposición de sus dimensiones biopsicológicas. Esta libertad proviene del sí mismo personal⁷ y constituye no solo una dimensión elevada en el hombre sino su dimensión específica. Aquella que lo define como humano. Lo elevado es lo más genuino y libre de él. Si queremos hablar de psicología profunda no sólo hay que limitarnos a reconocer lo que se esconde en el subsuelo. Es necesario también reconocer la profundidad a partir de la altura sin desconocer la tri-unidad de lo corporal-psíquico-espiritual:

“...lo espiritual no significa una dimensión sino la dimensión del hombre, pero de ningún modo la única. Y si en una ocasión Paracelso afirmó: “solamente la alteza del hombre es el hombre”, nosotros queremos sustituir precisamente este “solamente” por “ante todo”, afirmando con una variación: no solamente en la alteza (...), en la dimensión del espíritu “es” el hombre, sino que es “ante todo” en el ámbito de lo corporal-psíquico-espiritual, como ámbito de lo humano, donde se vislumbra antes que nada algo así como el hombre” (Frankl, 1990: 74-75)

La estructura lerschiana de la personalidad⁸ hace referencia a dos estratos básicos: un plano somático que soporta al plano espiritual. La parte superior del plano somático es el fondo vital que en su intersección con el plano superior personal (superestructura personal) da lugar a un nuevo estrato que es el fondo endotímico cuyas vivencias tienen mayor o menor influjo del sí mismo personal como de los estratos inferiores. El “plano somático” y el “plano espiritual” son dos abstracciones que hacemos sobre la realidad humana. Se trata de dos dimensiones de una misma realidad anímica en donde el más elemental acto es acto personal.

Es el ser personal quien le da altura al ser anímico y esta altura es aquella que le otorga verdadera profundidad. Profundo es de hoy en adelante todo lo que tiene coeficiente personal en ese cuerpo que dice “yo”.

2.- LA ENERGÍA DEL YO

En este apartado haremos un seguimiento al yo que en Lersch es la superestructura personal. Este estrato personal del pensamiento y la voluntad es

7. El Sí mismo personal o núcleo integrador de la personalidad. Es el ser que somos.

8. Ver gráfico acerca de la tectónica de la personalidad

en realidad lo nuclear del sí mismo personal que integra a todo el individuo. Partimos por la presunción de que el yo tiene energía propia a diferencia del presupuesto psicoanalítico que concibe la energía del yo como un préstamo del ello.

El yo es un foco primario de energía. Esto se puede evidenciar en las crisis de angustia. Quien ha padecido la tormenta de la angustia ha experimentado la sensación de ahogo producida por la vivencia íntima de la estrechez (Angustus) de la vida. En sus crisis de pánico, el angustiado teme volverse loco y tiene miedo a perder el control. Los caballos de la instintividad parecen ahora personoides que amenazan con sublevarse.

El yo reconoce entonces que él fue siempre el dueño de sus actos pero ahora hay como una oposición desde los cimientos vitales del fondo endotímico. En el momento más elevado de la crisis el angustiado decide de modo enérgico no desesperar. Esta decisión es capaz de hacer retroceder la acción de la angustia:

“... Vuelve la marea a subir y vuelve el yo a defenderse, y así pasan breves momentos que al enfermo se le antojan eternidades. Por regla general, en el enfermo, la marea no llega a rebasar el nivel del yo. Durante la lucha el yo busca alianzas externas, siempre bajo la misma fórmula: concentrar su atención sobre algún punto o suceso del mundo exterior. Parece que esta concentración, que en su origen es un proceso intelectual puro, arranca energía a la capa vital, y con ello resta fuerzas a la crisis angustiosa”. (López Ibor, 1963:189).

La energía del yo es fenomenológicamente distinta que la energía de los planos vital-endotímicos - Decimos “energía” del yo sólo en sentido figurado. Porque no se trata de energía física sino de una voluntad que dirige el pensamiento. Recordemos que el ser humano no es ni pura biología ni puro pensamiento voluntario, no son dos cosas que se pelean sino un centro personal pensante que siente.

Las energías vitales y espirituales confluyen en los planos vitales, creándose el estrato endotímico en donde no hay vida anónima (fondo vital) ni donde hay conciencia pura (superestructura) sino vivencia, experiencia elemental de estar vivo cada vez más lúcida y vigil conforme más invadida de sí mismo personal sea. Esto es el psiquismo, un fondo endotímico en el que se manifiestan estas energías: una energía operante del yo y otra preprogramada de la biología. Las energías de

la biología en contacto con el centro personal (sí mismo) se reconocen como pulsiones vitales y pulsiones del yo individual. Se trata de aquel “sector” del alma más próximo al soma.

La energía del yo, la del sí mismo personal se llama voluntad que en su forma más originaria es voluntad libre. El núcleo personal que somos está orientado más allá de sí mismo porque capta valores sustantivos (En Lersch son los valores de sentido que valen en sí mismos al margen de la propia existencia). El núcleo personal que somos es esencialmente ético porque al captar valores sustantivos (verdad, justicia, bondad, etc.) sabe que debe realizarlos pero depende de él si los realiza en actos auténticos, justos y buenos. Si en última instancia el hombre (sí mismo personal) da el salto al mundo de valores objetivos es porque lo decide. Entonces el núcleo del núcleo personal es libertad. Por eso decimos que su voluntad es voluntad libre. No es una voluntad condicionada a las exigencias la biología.

Mi instinto de conservación individual me dice que me salve en caso de desastre. Eso es bueno y soy yo el que lo puede reconocer como bueno. Pero este yo es capaz de renunciar a sí mismo en aras de un valor que lo sobrepasa: el heroísmo. Un amigo me contó una historia que ocurrió hace varios años y que habla bien acerca de como el sí mismo es autotranscendente en relación a su instinto de conservación.

Un avión portatropa sufre fallas mecánicas incontrolables y empieza a descender casi en picada. Los hombres a bordo sin pensarlo saltan en paracaídas pero uno de ellos se da cuenta que a un compañero le faltaba el suyo. Inmediatamente se quita el que tiene puesto y se lo entrega al otro diciéndole: “Sálvate tú que tienes una esposa y un hijo”. Años después mi amigo fue a la casa de un ex-paracaidista y en la zona más visible de la sala, se encontró con una fotografía de un hombre con traje militar. Y le preguntó curioso a un adolescente, quién era éste de la fotografía. El jovencito mira con devoción el cuadro y le dice: “Este hombre lo vale todo para nosotros. Pudo saltar en su paracaídas, pero se quedó en el avión para salvar a mi papá”.

El heroísmo es una radicalización de lo humano, porque el sí mismo personal se encuentra en situación límite y aún sabiendo que salvar la propia vida es bueno encuentra que dar la vida por otro es un hecho que lo plenifica como hombre. Es que encuentra que el mundo tiene sentido en sí mismo y que dar la vida por otro es acto de amor. Y el amor en su esencia no es sentimental sino decisión firme por

alguien. El sentimiento es sólo la atmósfera de aquella voluntad que se vuelca al otro sin esperar algo a cambio. De allí que la radicalización del amor sea el acto heroico. Hecho contrario a la falsa idea científicista que reduce el amor a pura bioquímica cerebral y condicionamientos infantiles.

Viktor Frankl sostiene que hay en el hombre una dimensión específicamente humana, esto significa que sólo aparece en el ser humano y no en los animales. Esta dimensión es la “espiritualidad” que en Logoterapia es el ámbito de la persona que en tanto es racional, está abierta a la razón fundamental, a un “Logos” en el mundo. El sí mismo personal está proyectado al mundo de valores de sentido a los que se orientan en las vivencias pulsionales de la transitividad.

En la terapéutica desde lo espiritual se apela a la dimensión de la persona invitándola a responder a los valores en el mundo. Viktor Frankl centra su psicoterapéutica en la esfera anímica que ya conocemos y que Lersch denomina vivencias pulsionales de la transitividad. El psiquiatra vienés busca que el paciente venza su angustia neurótica apelando a las facultades propias del sí mismo personal como la capacidad de reírse de sus propios síntomas y rescatar la dimensión de la responsabilidad que en el vacío existencial y en trastornos neuróticos tiende al repliegue. En la Logoterapia el paciente, incluido el “enfermo mental”, tiene, siempre y cuando el trastorno somático se lo permita, una libertad última ante su propia enfermedad psico-física.

Frankl preguntó a un paciente esquizofrénico por qué no se desesperaba al escuchar voces y éste contestó que se controlaba por amor a Dios y que sólo este Dios es el dueño de la vida. En otra ocasión preguntó lo mismo a una esquizofrénica que de inmediato le contestó que era preferible vivir escuchando voces que no escuchar nada en absoluto. También hubo el caso de un hombre que sufría delirios de persecución. Al preguntársele por que no se vengaba de sus “detractores”, el contestó que ya los había perdonado a todos. Aquí se pone de manifiesto que el núcleo del sí mismo personal no enferma sino que queda velado ante una biología que le impide manifestarse, pero que alguna vez logra expresarse no como un enfermo sino como una persona que sufre.

En el tema de la enfermedad mental es curioso notar la existencia de dos estratos del ser que se afectan de modo específico a partir de dos formas de psicosis. Los trastornos bipolares (maniaco-depresivos) son el resultado de cambios súbitos del ánimo: alegría, tristeza, euforia-depresión. Son dos polos de una realidad

subestructural (vital-endotímica). En la esquizofrenia el fondo endotímico queda afectado pero de modo secundario. Lo que en verdad queda disociado en esta psicosis es la superestructura personal. La persona está trastornada en la expresión de su juicio. Estas diferencias en la forma de los trastornos psicóticos dan cuenta de dos realidades diferenciadas (La energía vital y la energía del yo) en la estructura de la personalidad.

3. LA ESTRUCTURA DE LA PERSONALIDAD EN PHILIPP LERSCH

A lo largo de este artículo se deslizan términos como “sí mismo personal”, “fondo endotímico” o “superestructura personal”. No será difícil encontrar más adelante términos de uso vulgar como benevolencia, amabilidad, arrogancia, resentimiento o sarcasmo. Estamos ante una psicología que nos habla del ser humano apropiándose de su lenguaje. De este modo se va reconstruyendo el rostro humano que la hiperinterpretación o el experimentalismo en mucho han deformado. El camino de esta psicología personalista es el saber científico acerca de la esencia de la conciencia (fenomenología) que también se puede encuadrar como una ciencia comprensiva de la conducta. Desde esta perspectiva, la psicología sería una ciencia intermedia entre las ciencias naturales y las ciencias del espíritu.

Dentro del grupo de psicólogos que mayor influjo han tenido en el desarrollo de la psicología personalista tenemos al psicólogo y filósofo alemán Philipp Lersch. Su obra más importante es *La estructura de la personalidad* en la que expone la arquitectura de la vida anímica humana a modo de capas o estratos.

Lersch escucha atento el discurso del psicoanálisis y las nuevas voces de la psicología experimental anglosajona. Sin embargo advirtió la parcialización teórica de aquellas corrientes y se quedó con lo mejor de ellas. Por entonces ya se escuchaba la misma queja de hoy ante la psicología cientificista y deshumanizante:

“Vivimos en una era de materialismo. La misma Psicología, ciencia que por su propia índole está destinada a redimir al espíritu de la esclavitud de la materia, ha tomado un rumbo materialista, llegando a desentenderse del alma. La psicología moderna es esencialmente una psicología sin alma...” (Gruender, 1911: IX)

La respuesta de Lersch fue una descripción del psiquismo que no era compatible con el materialismo y tampoco con el espiritualismo. Lersch reconoció que el ser humano es un ser intersecado por una dimensión biológica y otra espiritual

que va más allá de la situación sociocultural. El fenómeno humano consiste en libido, goce, hambre de sucesos, instinto de conservación, necesidad de poder y de estimación. Son fenómenos irreductibles como lo son el deseo de crear, de saber y de amar. La trascendencia no es un subproducto de los fondos inconscientes sino del yo, del sí mismo, del espíritu encarnado o como queramos llamarlo.

La psicología lerschiana puede ser considerada como la precursora de la actual psicología humanista-existencial. Según esta concepción el hombre tiene instintos que lo impulsan, y también tiene motivos que lo arrastran más allá de sí mismo. Esta concepción axiológica nos aproxima también al teleoanálisis adleriano y sobre todo, a la psicología existencial frankliana.

Lersch describe una tectónica tripartita de la personalidad: el fondo vital, que es la capa anónima y preindividual de fluidos y energías que ponen en marcha el organismo. Hoy hablamos de un tono vital. El fondo endotímico es la capa a la cual Lersch da mayor importancia porque allí se encuentran las energías corporales y la energía del yo (pensamiento y voluntad) que constituyen la superestructura personal.

En este artículo hago referencia a la mayoría de tendencias o impulsos de la vida anímica. Lersch, siguiendo el enfoque estratificado señala tres temáticas vivenciales: la vitalidad, el yo individual y la transitividad. Por razones de espacio omito la descripción de los sentimientos y las emociones que también son parte de la subestructura endotímica.

3.1. EL FONDO VITAL

Sabemos que el fondo vital es una realidad prepsíquica. Esto significa que no es un estrato con vivencias y representaciones mentales como ocurre en la vida psíquica. Se trata de un conjunto de estados y procesos orgánicos que se refieren a la vida misma, inmensa y anónima.

El ser humano es antes que nada un ser vivo. La vida somática es presupuesto para hablar del psiquismo inferior (fondo endotímico) y del psiquismo superior (superestructura personal). Lersch empieza su exposición del fondo vital resaltando la idea de un cuerpo orgánico que sirve de asiento a los fenómenos anímicos señalados entre paréntesis.

Un cuerpo inerte es un soma sin fondo vital. En la muerte todo está paralizado. Ya no hay energía en el cuerpo. Ya no hay estados y procesos orgánicos. El fondo vital es entonces, como la costura del cuerpo y del alma, un momento intermedio o somatopsique. El término es impreciso. La vida se da en el cuerpo, pero no es el cuerpo. Cuando el cuerpo muere queda intacto pero sin vida. La vida no es psique, pero el psiquismo implica vitalidad. La vida humana es una vida endotímicamente vivida, de ahí la experiencia de la corporalidad en forma de placer y dolor y de la vivencia de la vida misma en el aburrimiento, la diversión, el fastidio, la alegría y la aflicción.

La somatopsique o fondo vital anímico no es el cerebro (soma) pero sí es sus funciones, gracias a este fondo es posible la manifestación del fondo endotímico en regiones específicas (sistema límbico y tronco encefálico). La ausencia de secreción de las suprarrenales puede producir disminución de los impulsos, irritabilidad y depresión. Después de una extirpación de los ovarios, se experimenta una disminución del umbral afectivo. Y los ejemplos médicos de las funciones del organismo en relación con el psiquismo son incontables.

Lersch hace referencia al efecto psíquico que los procesos fisiológico-químicos producen y que se muestran en procesos anímicos agudos pasajeros. Es el caso de la cocaína, el opio y el haschisch que producen especiales estados de ánimo. El bromuro sódico actúa como sedante y ciertas clases de amanita muscaria producen accesos de furia.

Lersch divide su exposición del fondo vital en cuatro secciones:

3.1.1 El acontecer corporal - orgánico como condición para la vida

En este apartado el autor hace referencia a las implicancias de funciones somáticas sobre la vida afectiva e intelectual (psiquismo). Reconoce el influjo de ciertos alimentos y bebidas y drogas sobre las vivencias endotímicas. Asimismo alude a las condiciones atmosféricas, el clima, las características del paisaje, etc., que en convivencia con el fondo vital influyen en la vida psíquica.

3.1.2 La unidad cuerpo - alma

El fondo endotímico (alma humana) no es un epifenómeno del fondo vital. Esto significa que el alma no es un desarrollo posterior del cuerpo sino que configuran dos estratos del ser humano. En caso de ser el alma un epifenómeno

del organismo, sucedería solamente lo expuesto en el punto anterior. Que el cuerpo implica en el psiquismo.

Sin embargo hay vivencias endotímicas como el dolor, el temor y la rabia que actúan sobre la digestión y disminuyen el apetito. El análisis transaccional da cuenta de como el individuo conflictuado reprime “emociones auténticas” (alegría-placer, afecto, miedo, cólera, tristeza) haciendo “coraza física” (endureciendo zonas corporales) que más tarde resultarán en la enfermedad somática. Hay ciertas correlaciones entre depresión psicógena y diabetes. El estrés está asociado a las úlceras estomacales y a las enfermedades dermatológicas.

Hay hombres en la India que pueden detener voluntariamente los latidos de su corazón, otros que vencen la ley de la gravedad elevándose más de un metro sobre el suelo. Los monjes Shaolín pueden empujar un auto con una lanza puesta en su garganta sin hacerse el mínimo daño.

3.1.3 El reflejo de la persona en el fondo vital

Existe una correspondencia entre sectores del organismo con la estructura psíquica tripartita, de tal forma que el cuerpo, según nuestra concepción..., bueno, al menos la mía, es una representación sensible de las diferentes capas anímicas: fondo vital, fondo endotímico y superestructura personal.

Desde que el hombre empezó a fijarse en su prójimo, se dio cuenta que si un distraído se golpeaba duramente la cabeza, después ya no podía pensar bien. Entonces dedujo que la cabeza era el sector de los procesos del pensamiento. Nosotros sabemos decir que tenemos algunos sentimientos en el pecho, que algo nos ha llegado al corazón. En las vivencias emocionales se ven implicadas modificaciones de la respiración y del ritmo cardiaco. Pero cuando acudimos a la razón señalamos la cabeza.

El conocimiento precientífico, el de la vida cotidiana, asocia la parte inferior del cuerpo como la capa orgánica en la que se manifiestan los instintos vitales elementales, ya no la cabeza o el tórax sino el estómago como sector de la nutrición y de la digestión, con su reflejo anímico del hambre y la sed. Por otra parte los genitales asociados al deseo y el placer sexuales que se hallan al servicio de la seguridad de la especie.

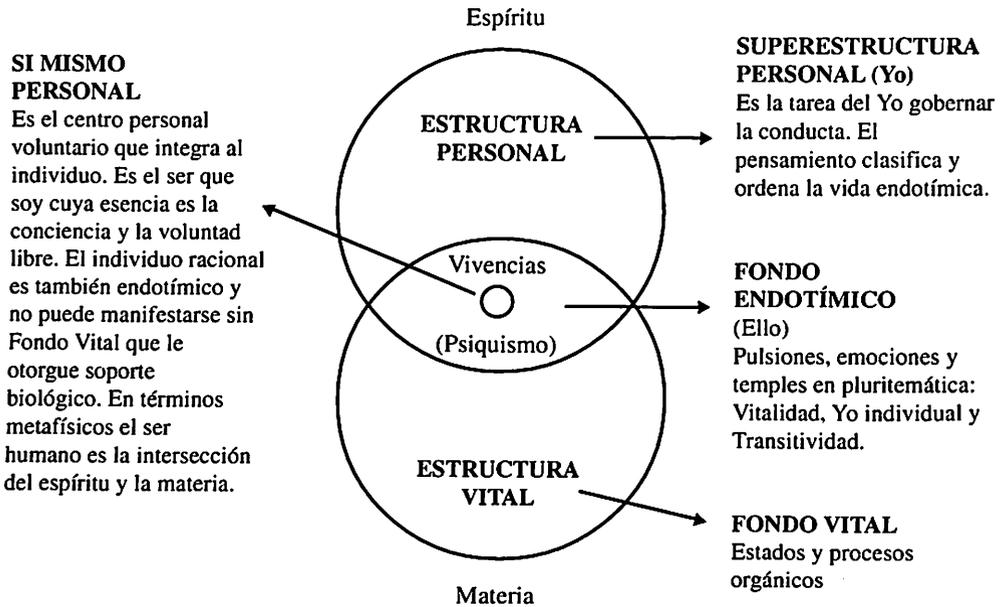
Las concepciones morfológicas más antiguas localizaron tres niveles de realidad psíquica en el rostro: la zona superior está asociada al pensamiento, la zona media a las emociones y la zona inferior a lo visceral y material. Las tipologías, con diversos matices, hacen referencia a la estratificación de la vida psíquica y sus correspondencias somáticas desde Platón hasta Lersch, pasando por Brown, Kleist, Kraus y Rothacker entre otros.

El fondo vital recorre todo el cuerpo y este cuerpo tiene forma humana. Esto significa que el espíritu (sí mismo personal) configura o espiritualiza el cuerpo. Este cuerpo ya no vive en la horizontalidad de la vida animal sino en la verticalidad de la vida humana. Esta verticalidad existe por la presencia de una superestructura que al encontrarse con el cuerpo lo “levanta” en forma de psiquismo y cada paso evolutivo en ascenso está grabado y representado en el desarrollo de un bebido que del líquido amniótico, pasa al gateo para luego, con ayuda de otros (cultura), ponerse en pie. La plasmación del pensamiento, el sentimiento y la necesidad tiene una traducción en el cuerpo humano.

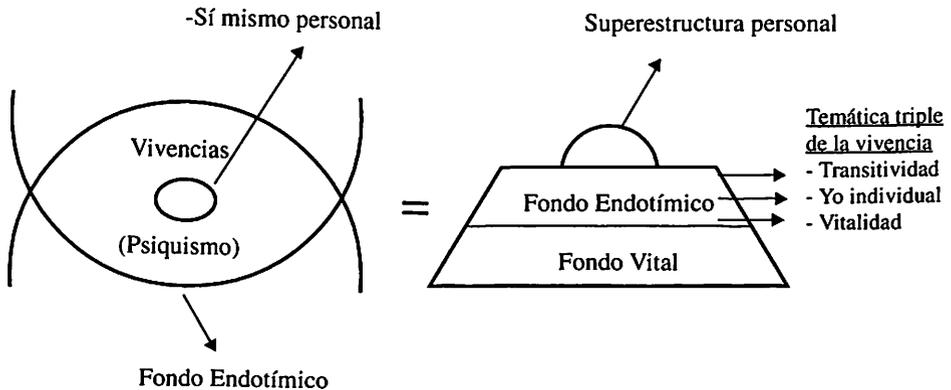
3.1.4 La vivencia del fondo vital

El fondo vital sólo es vivenciado en determinadas condiciones y nunca llega totalmente a la conciencia. Nosotros reconocemos procesos y estados que dependen del sistema nervioso vegetativo (sentimientos corporales y anímicos) y procesos que dependen del sistema cortical (representaciones y pensamientos).

Gráfico 1.- LA TECTÓNICA DE LA PERSONALIDAD



Hemos desglosando el Sí mismo personal como si fuesen capas superpuestas. En realidad somos una unidad indivisible (individuum).



A diferencia de las representaciones y pensamientos, cuyos procesos cerebrales fisiológicos no percibimos⁹ los sentimientos vitales son percibidos por nosotros son mayor intensidad. Es el caso del descanso y cansancio, de bienestar y malestar, de dolor por heridas o enfermedades, de hambre, sed y sociedad, de voluptuosidad, salud y de enfermedad.

También ocurre que en los sentimientos anímicos (vivencias endotímicas) nos damos cuenta de una relación psicosomática. En la pena percibimos el cansancio y la pesadez de los miembros, en la alegría el dilatarse del pecho, en el temor el temblor de las extremidades. En la angustia, un encogimiento del pecho y del corazón.

3.2 EL FONDO ENDOTÍMICO - (endós = dentro y thymós = sensación, sentimiento, humor).

Al inicio del curso definimos al Fondo endotímico como una subestructura portadora de vida anímica, constituida por vivencias pulsionales y afectividad. Es el lugar de las vivencias y allí donde hay vivencias hablamos de “Psyché”, del alma.

Las vivencias del fondo endotímico tienen una particularidad: Tienen la presencia de un yo consciente (superestructura personal) que las ilumina, de tal modo que la “psyché” humana es humana porque es “noética”, pensante y autotrascendente. Los contenidos de la superestructura personal (pensamiento y voluntad) conforman el núcleo del sí mismo personal, que es la persona que somos y que interviene en su cuerpo. Por eso el cuerpo humano es un cuerpo espiritualizado. Las pulsiones de origen biológico que aparecen en la vida animal, en el humano están concienciadas: Yo no sólo tengo un impulso a realizar tal o cual acto, sino que “me doy cuenta” de que tengo el impulso y como tengo voluntad entonces puedo decidir realizarlo o no en función de mis necesidades y aspiraciones.

El sí mismo personal es el centro personal que somos, y esta persona tiene móviles genuinos que no le vienen de la biología sino de sí misma. Las vivencias pulsionales del sí mismo (vivencias pulsionales de la transitividad) son distintas a

9. Sólo cuando exigimos demasiado a nuestro cerebro, sentimos un entumecimiento o un dolor de cabeza que se expresa en la frase “se me parte el cráneo”.

Gráfico 2.- LA TRIPLE TEMÁTICA DE LA VIVENCIA

FONDO ENDOTÍMICO

Endón: dentro
Thymós: sensación, sentimiento, humor

Tres formas de realización Tres ámbitos de vivencias	PULSIONES	EMOCIONES	SENTIMIENTOS
Vitalidad	Impulso a la actividad Tendencia al goce Libido Impulso vivencial	Dolor Placer Aburrimiento Diversión – Fastidio Alegría – Aflicción Embeleso – Pánico	Animo alegre Animo festivo Humor triste Humor amargo Angustia - Extasis
Yo Individual	Instinto de conservación Egoísmo Deseo de poder Necesidad de estimación Afan vindicativo Deseo de autoestimación	Susto, temor Envidia Celos Triunfo – Derrota Halago – Agravio Desquite – Gratitud Vergüenza...	Sentimiento del propio poder Sentimiento del propio valor
Transitividad	Tendencias hacia el prójimo Tendencias creadoras Deseo de saber Tendencia amatoria Tendencias normativas Tendencias trascendentes	Simpatía – Antipatía Respeto – Burla Amor – Odio Alegría de crear Sentimientos noéticos Sentimientos normativos Cordialidad – Conciencia Moral...	Seriedad Optimismo Sentimiento nihilista del mundo Sentimiento mundano del Humor

las de la biología (vivencias pulsionales de la vitalidad y del yo individual), pero esta separación casi matemática de las temáticas pulsionales son formas racionales de acceder a un mundo anímico más complejo y entretejido.

Ya en las vivencias pulsionales de la vitalidad nos encontramos con una forma humana de vivirlas. La tendencia al goce en el animal no se diferencia mucho de las formas de goce de un bebido, pero conforme el niño crece su goce estará no sólo en el placer corporal sino en el disfrute de una lectura, en la contemplación de una obra de arte o en las clases de Estructura de la Personalidad.

El ser humano ya no vive en el mundo de la reacción a la estimulación ni es puro pensamiento y voluntad. El humano vive endotímicamente. Aún en su racionalidad más pura, está cansado, alegre, amargado, contento, pesimista o esperanzado. Es que vive en una atmósfera de valores y cada acción humana se mueve siempre en este ámbito de realidad.

Introducimos en el estudio del fondo endotímico es acceder al ámbito de las vivencias, de los sentimientos y las emociones (afectividad) y de las necesidades y aspiraciones que se traducen en las pulsiones:

“Todos ellos tienen el sello de la interioridad, nos son dados como algo interior, como contenidos de un núcleo interno, como experiencias de un íntimo estar-en-sí y fuera-de-sí del alma. Tienen además -vistos desde el yo consciente que es capaz de poner en marcha y de dirigir los procesos del pensamiento y del querer finalista- el carácter de subterráneos. Surgen de una esfera que no es abarcable ni controlable por el Yo consciente; nos son dados como modos especiales de nuestro ser anímico más propio, con los cuales, desde los oscuros fondos de la vida que escapan a la determinación racional ascendemos a la luz de la vida personal consciente” (Lersch, 1974: 97).

3.2.1 LAS VIVENCIAS PULSIONALES DE LA VITALIDAD

En el animal humano hay un “impulso vital” que se presenta de modos diversos. El común denominador de estas vivencias es que tiene como finalidad la concienciación de la vida en lo inmediato, originario y dinámico de sus procesos.

Provisionalmente definimos las pulsiones de la vitalidad como: Móviles comportamentales dirigidos a la realización de valores vitales.

Las vertientes del impulso vital o pulsión de vida, son dos: 1) La exteriorización, forma centrífuga y matriz (impulso a la actividad) y 2) La interiorización, forma centrípeta y sensorial, como tendencia a la vivencia de estados internos (tendencia al goce, libido y apetito vivencial).

3.2.1.1 El impulso a la actividad:

La vida es automovimiento y su contraparte es la rigidez. Mientras más joven es la persona, mayor energía vital tiene y por lo tanto muestra mayor necesidad de movimiento. El movimiento se satisface en el juego que en su forma más primitiva es la libre expansión de las fuerzas vitales.

3.2.1.2 La tendencia al goce:

El impulso vital tiene una forma centrípeta que se observa desde el inicio de la vida con el movimiento. Es la tendencia al goce y bienestar. Al inicio se reduce a sólo placeres corporales, con el tiempo se sofistican llegando hasta el goce intelectual. La lectura de un buen libro, de un bello paisaje, una frase elegante o un chiste inteligente.

3.2.1.3 La libido:

Desde muy pequeño el niño tiene un impulso a sentir sensaciones voluptuosas. Freud fue el primero en advertir que existe una “sexualidad infantil”. La voluptuosidad está orientada exclusivamente al acto de la procreación en la unión de los dos sexos. La libido es una derivación de la tendencia al goce pues se refiere al placer, pero temáticamente diferenciado: se trata de un placer corporal-sexual.

3.2.1.4 El impulso vivencial:

Este impulso tiene una importancia particular porque si bien lo ubicamos en la esfera vital cumple una tarea de viajero en todo el territorio endotómico. Se puede traducir como el deseo de vivenciar cosas, hambre de sucesos, necesidad de experimentar y esto implica un goce primitivo debajo de cualquier vivencia emocional, agradable o desagradable.

Hay personas que tienen una sed de aventura, de descubrimiento, de verse o sentirse en tal o cual situación. Otros experimentan un gocecillo cuando les cuentan una historia de terror o cuando experimentan llanto y tienen la satisfacción de seguirlo experimentando. El “Oye te cuento....” Da cuenta del apetito de sucesos.

3.2.2 LAS VIVENCIAS PULSIONALES DEL YO INDIVIDUAL:

Hemos visto un sector del alma impregnado de soma. Entonces vivenciamos nuestra corporalidad y la vida misma, pero:

“...al hombre no le es dada su existencia exclusivamente como una circunstancia vital, que en ella no sólo vive y quiere manifestarse la vida preindividual como fondo anónimo, sino que él debe vivir su existencia propia como uno de los incontables seres particulares en los que la vida se diversifica. De esta situación surge un grupo de vivencias que se refieren a los intereses del yo: las vivencias pulsionales del yo individual”. (Lersch, 1974: 121).

Provisionalmente definimos las vivencias pulsionales del yo individual como: “Móviles comportamentales dirigidos a la realización de valor de significado”.

3.2.2.1 El instinto de conservación individual:

El hombre necesita del mundo para vivir por eso se provee de cosas que le aseguren su subsistencia. Este móvil comportamental le dice al hombre que su vida es lo más importante y por eso apunta a la realización de su seguridad biológico-corporal.

Se expresa en la busca de alimentos, la ingesta, el ataque, la huida y la defensa. Hasta aquí estamos a la par con los animales. Pero resulta que el animal humano, que es biológicamente retardado, ha desarrollado, gracias a su intelecto, herramientas (tecnología) para ser eficaz en su medio y esta eficacia está al servicio de su seguridad.

La inteligencia es propiedad humana y esta nos diferencia del resto de los animales cuyo ámbito perceptual está restringido a lo que les asegura la vida. El animal es sus instintos, el hombre es él y sus cosas. Está rodeado de instrumentos: de abrigo, cubiertos, armamento, lámparas, automóviles y construcciones. El intelecto está inicialmente al servicio de la conservación individual:

“Pensamos, conocemos y formamos conceptos, no para encontrar una verdad, sino para procurarnos medios y apoyos en el orden a conservar la vida y mejorarla, independientemente de la verdad y la validez universal” (Valch, citado por Titze, 1983:37)

Esta idea de Valch es cierta en tanto hace referencia a una vertiente del pensamiento: la función intelectual del pensamiento es una adaptación del sí mismo personal al mundo sensible de la auto-conservación individual. En este sentido, el pensamiento se especializa en función de los objetos que percibe, para conocerlos y ordenarlos de tal forma que le permitan orientarse en un mundo que se presenta inhóspito.

Lersch hace una distinción entre la función intelectual del pensamiento y la función ideal-espiritual del pensamiento. El pensamiento en su función espiritual es el sí mismo personal que no busca el control del mundo como utilidad para su seguridad sino que se deja impresionar por lo que el mundo tiene de valioso en sí mismo. En este pensamiento no hay un móvil de confrontación sino de realización a partir del descubrimiento de valores de sentido que se ubican en las tendencias transitivas.

3.2.2.2 El egoísmo:

Se desprende de la temática de conservación del individuo por tres características diferenciales: 1).-El individuo quiere asegurarse medios de conservación individual pero en relación a otros humanos. 2).-En el instinto de conservación no busca su beneficio de modo indiferenciado: me pongo mi abrigo porque tengo frío. En el egoísmo, sé que estoy ante otro yo y que estamos en competencia y quiero-tener-para-mí aquello que me asegure. Entonces es necesaria una conciencia del yo para ser egoísta, una conciencia del yo en confrontación con otro semejante. 3).- En el instinto de conservación hay un carácter minimalista (lo mínimo necesario). En el egoísmo se quiere vivir bien e incluso mejor que los demás. Se busca estar en ventaja respecto al otro sin por ello querer dominarlo. Los gestos elementales del egoísmo se observan en la absorción de alimentos en el tragar e ingerir.

Existe un egoísmo sano que se da cuando la persona se asegura dentro de los límites de lo razonable. Querer-tener-para-sí es importante para vivir y convivir. Es importante un remanente de seguridad extra.

El problema ocurre cuando el egoísmo sobrepasa los límites de lo razonable y se convierte en una motivación inauténtica, que psicológicamente tiene su explicación en un sentimiento fuerte de minusvalía. Hablamos de la egolatría. Ya no está el razonable interés personal del egoísmo sino el querer-tener-para-sí y no-

poder-lograr-bastante. El ególatra tiene rasgos distintivos en la codicia, avidez, afán de lucro, tacañería, avaricia y trato utilitarista. Desconsideración, engaño y astucia, cálculo, recelo, temor y santurronería. El ególatra no se arriesga y carece de espontaneidad.

3.2.2.3 El deseo de poder:

En esta impulsión del yo el hombre se realiza encontrándose él mismo como un valor mediante el dominio del entorno. El deseo de poder tiene su preforma en el mundo animal. Las gallinas tienen una jerarquía que se reconoce en el acto de picotear una a la otra. Hay una que ejerce el dominio porque no es picoteada por ninguna.

El deseo de poder busca disponer del medio ambiente para mantener la seguridad individual. Cuando este impulso es acentuado, puede adoptar formas diversas en el moralismo. Las normas se convierten en instrumentos para manipular a otros. De tal modo que el hombre cuyo móvil es el poder se atrinchera en su autoridad, en el afán de crítica, en la pedantería y criterios rígidos para manipular. Otra modalidad más sutil de manipulación es la mala salud y la hipersensibilidad. El deseo de poder con exagerada sobrevaloración propia es conocido como “arrogancia” y “presunción”.

También sucede que el deseo de poder puede adoptar formas desproporcionadas en el ansia de poder, que consiste como en la egolatría en un no-poder-conseguir-nunca-bastante, debido a un secreto sentimiento de inferioridad que será supercompensado con sentimientos de megalomanía. La presunción de ser demasiado hace del poder un fin. El poder queda desnaturalizado en individuos que lo buscan sin saciedad hasta terminar en la tiranía.

3.2.2.4 La necesidad de estimación:

El humano vive en un mundo de valores y busca representar ante los demás un valor lo más elevado posible. Esto implica que hay una jerarquía de valores.

Los valores de esta necesidad son la consideración, el aplauso, la reputación y el respeto. En este apartado ingresan los conceptos de fama y honor. La fama es la opinión buena o mala, acertada o equivocada, que la gente tiene de una persona. El honor es sólo la buena fama.

El honor no solamente está planteado en términos jurídicos sino que surge como necesidad humana. En “El alcalde de Zalamea”, Calderón de la Barca dice: *“Al Rey la vida y la hacienda se ha de dar; pero el honor es patrimonio del alma y el alma es sólo de Dios”*. Y dos siglos más tarde, el Duque de Rivas pone en labios del Conde de Benavente similares palabras:

“A vos ordenar os cumple de mi vida y de mi hacienda. Vuestro soy y vuestra mi casa; de mí disponed y de ella. Pero no toques mi honra y respetad mi conciencia”.

Los humanos necesitamos permanentemente ser reconocidos en varios niveles. Necesitamos ser queridos y que este querer sea expresado en el tacto, los gestos y las palabras. Un hombre privado de atención de los demás puede incluso buscar esa atención bajo la fórmula del rechazo y la agresión. Hay un viejo dicho: “Prefiero odio a indiferencia”.

Pero cuando esta necesidad de estimación no puede satisfacerse por medios objetivos y realización de valores queda desnaturalizada y se convierte en un móvil compensatorio de un sentimiento pobre del propio valor. Se reconoce como ansia de notoriedad, que es un querer-tenerlo-todo y no-poder-tener-jamás-bastante. El ansioso de notoriedad no soporta que otros posean cosas que les den mayor estimación.

Se reconocen tres formas de ansia de notoriedad (afán de prestigio): 1) Fortificación de la posición: saber mucho para presumir de inteligente, tener mucho dinero. 2) Valores simulados: Se reconoce en la fanfarronería, jactancia, vanidad excesiva, altivez. Aparecen engreídos, afectados y amanerados. En su trabajo son tercos, intransigentes, deseoso de discutir, fanáticos y extravagantes. 3) Encubierta: Usan la fórmula que advirtió Alfred Adler y que denominó “Fuerza hidráulica” o manipulación por debilidad (enfermedades o victimismo). También se esconde tras la fórmula de la humildad, modestia y sumisión: Te manipulo haciéndote cargo de mi vida.

3.2.3 PULSIONES DE LA TRANSITIVIDAD

“Las tendencia a la conservación del individuo, del egoísmo, del deseo de poder, suponen la conciencia de un cierto aislamiento frente al mundo y al ambiente y una oposición contra ellos. Es evidente que la conciencia de individuación

provoca por sí misma la aparición de un nuevo grupo de tendencias que son las de estar más allá de uno mismo, las de trascender el yo. Se hallan dirigidas a la participación en el mundo, pero no en el sentido de posesión, del querer-tener, sino de la dependencia del yo individual respecto del mundo, con lo cual encuentra un contrapeso la conciencia de individuación. Desde el punto de vista genético la experiencia de la individuación es la condición necesaria para que el hombre empiece a preguntar y buscar más allá de sí mismo. Pero este preguntar y buscar tienen su temática propia y original, pues ahora ya no se trata de valores de significado ni que se refieran a la conservación y seguridad de la existencia, o a la utilidad, poder o estimación. En las tendencias supraindividuales o transitivas el hombre es más bien atraído por algo que se halla allende del yo individual. Por eso resulta que las vivencias pulsionales de la transitividad se hallan en cierta oposición biológico-corporal y social del yo individual. Sólo la necesidad de autoestimación puede hallarse en la misma dirección que aquellas, puesto que el hombre busca en ella su peculiaridad como ser que ve el sentido de su vida, en tanto que persona, en participar en los valores de sentido extra y supraindividuales y se siente corresponsable de su realización". (Lersch, 1974: 148).

Provisionalmente definimos las pulsiones de la transitividad como: Móviles comportamentales del sí mismo personal dirigidos a la realización de valores de sentido.

3.2.3.1 Las tendencias dirigidas hacia el prójimo:

El ser humano está orientado a realizarse como ser social. Desde que nace participa de un mundo con los demás y necesita de los demás para realizarse como persona.

3.2.3.1.1 El impulso a la asociación (estar-con-otro)

Se trata de no-estar-solo. El humano se realiza a sí mismo en la participación de otros como él. Este impulso se manifiesta en la búsqueda de contacto y en la imitación. El instrumento de este impulso es el lenguaje. Por medio de él rompemos las barreras de la comunicación haciendo mucho más eficaz el contacto.

3.2.3.1.2 Las tendencias asistenciales (ser-para-otro)

En este impulso de sí mismo personal hay no sólo un deseo de participar, estar junto a otros seres humanos, también hay una conciencia de obligación respecto a la suerte de los demás.

Nos sentimos parte de un conjunto: la familia, la estirpe, la Nación y la humanidad.

En estas tendencias asistenciales se distinguen la benevolencia y la bondad. La benevolencia es reactiva. Esto significa que actúa siempre que la solicitan (concede) y la bondad es activa. Quiere decir que actúa con iniciativa (regala).

También se distinguen tres modalidades de amor al prójimo: Un amor sexual, que es todavía anónimo, un amor erótico y un amor humano. El amor erótico se relaciona con la atracción sexual no por el hecho sensible de poseer sino por la persona que se manifiesta por medio de un cuerpo. El amor erótico es pues una tendencia hacia el otro con atracción sexual. El concepto no se debe confundir con “erotismo” que es una fascinación de la corporalidad en el sentido de voluptuosidad que prescinde de la persona. La tercera forma de amor es el amor humano, que es una forma más desinteresada de la entrega. En el amor erótico hay transitividad, pero se trata de una transitividad impregnada de yo individual. Todavía hay una necesidad de entender al otro como “mío”. El amor humano es aquel que sin la presencia de atracción o deseo sexual está presente en forma de decisión por otro como ocurre en el amor de un padre por su hijo, o por un amigo por el cual se es capaz de arriesgar la vida propia. Hay gente que aún sin conocer a la otra persona, es capaz de arriesgarse.

En las actitudes de las tendencias asistenciales encontramos la preocupación, la desconsideración (va desde la descalificación innecesaria hasta la grosería y la brutalidad). La actitud hostil y la malevolencia. En estas disposiciones hay una oposición contra todos los valores de la transitividad. La venganza y el resentimiento anulan las tendencias de ser-para -otro. En el rencor me deleito cuando veo el daño del prójimo y en el odio quiero exterminar al otro. El otro no debe vivir. El cinismo menosprecia los valores de los demás con la intención de herir sentimientos. El sarcasmo dice de una necesidad de poner en cuestión los valores de los demás sin considerar que se puede herir al otro.

3.2.3.2 Tendencias creadoras (impulso crear)

Poner en el mundo algo que acrecienta su valor, hacer más valioso el mundo con el propio esfuerzo. El yo busca realizarse como parte de un conjunto de significados que lo trascienden. Quiere colaborar en la construcción de valores objetivos de los que se siente parte.

3.2.3.3 El deseo de saber (intereses)

Queremos conocer el mundo en su verdadero significado. El yo busca participar y colaborar en el descubrimiento y esclarecimiento de un sector de la realidad.

3.2.3.4 La tendencia amoratoria (el amor en general)

Es una orientación hacia otro como presencia y como idea. El yo intuye como único e insustituible al otro. No sólo conoce su modo de ser sino también su ser en sí mismo.

El descubrimiento de la esencia del otro, que implica conocer al otro, hace que el amante capte la vida del otro como dotadora de sentido para el mundo. El otro es descubierto como “importante”, como portador de valores y como valioso en sí mismo, “irrepetible” e “insustituible”, “único”.

El que ama necesita la existencia del amado: amar es decirle al otro que es bueno que exista, es decirle “sí”. No es sólo deseo de saber del otro, sino deseo de que exista, de que sea. La tendencia amoratoria alude no sólo a los congéneres, también puede dirigirse a referentes abstractos como la Patria, la profesión o la naturaleza.

El que ama se convierte en una linterna que ilumina al otro y lo saca de la insignificancia, lo ilumina por todos lados para que se muestre como realidad otorgadora de sentido.

A decir de Lersch el amor proyecta al hombre más allá de sí mismo, llevándolo más allá de los dominios del instinto de conservación individual, del egoísmo, del deseo de ser estimado y del deseo de poder: “...es la forma más radical, porque se apodera de la raíz de la existencia, por la cual el hombre no relaciona el mundo consigo, sino su existencia con el mundo” (LERSCH, 1974: 166)

3.3. LA SUPERESTRUCTURA PERSONAL

La experiencia del fondo endotímico es afectiva. Hay una entidad distinta de la afectividad que está permanentemente “afectada” por la estructura vital-endotímica. Esto que se diferencia de las emociones, sentimientos e impulsos es la superestructura personal: El pensamiento y la voluntad.

En realidad el yo como una estructura superior no existe. El yo es un juego del lenguaje que alude a lo que pienso y quiero. Pero yo no soy mi pensamiento ni mi voluntad. Tampoco soy mi conciencia. El yo es un recurso conceptual para captar de algún modo una esencia que se escapa “de las manos” del intelecto. Lo que existe es el sí mismo personal, un sujeto que al pretender hacerse objeto a sí mismo nunca puede llegar a captarse porque es precisamente él mismo el que piensa y conceptúa. Es como si mi mano quisiera cogerse a sí misma. Eso puede ser sólo parcialmente.

En el sí mismo confluyen todos los estratos del ser. El hombre no es sólo un ser material, tampoco es un ser espiritual puro sino un yo encarnado, un cuerpo que dice yo. Es un misterio para sí mismo que se debate entre leyes físicas y valores a los cuales se proyecta en cada acto.

4. REFLEXIONES EN TORNO A UNA PSICOLOGÍA HUMANA.

Hemos recorrido brevemente diversos territorios del alma. Esta expedición la hacemos con reverencia porque el ser humano siempre tendrá algo de misterio. La mirada de un animal está vacía, la del animal humano puede ser superficial o profunda, tonta o inteligente, libidínosa o tierna. A veces duele más una mirada de odio que el mejor de los insultos.

Y este es el terreno de los psicólogos. Se nos ha encomendado un territorio enrevesado y por momentos desconocido. Los libros nos cuentan de sus teorías pero cada humano siempre nos va diciendo algo más. El alma humana se resiste a ser tratada como lo que no es: un objeto. Cada uno de nosotros merece respeto porque llevamos con nosotros el misterio de la irrepitibilidad. Estoy dando vueltas. Balthasar Gracián lo dijo mejor y en pocas palabras:

“vista una oveja, vista toda la oveja y todas las ovejas.

Visto un león, visto todo el león y todos los leones.

Visto un hombre, visto sólo uno, y ese en parte”.

El médico sabe más o menos qué es lo que debe hacer cuando ejerce su profesión. El científico ni mucho menos. Los psicólogos tratamos antes que todo con personas. Nuestro instrumental es nuestra personalidad y por ahí algunas técnicas. Conocemos algo de lo que hay en el hombre y a tientas lo vamos

acompañando en los mejores y en los peores momentos de su vida. Estamos en permanente contacto con otras máscaras y con lo impredecible.

El psicólogo debe ver más allá de traumas, complejos y conflictos, haciendo una secreta reverencia ante el humano que tiene adelante. Sabe que un ser humano es un cuerpo transfigurado por un yo, una historia irrepetible.

Hablar del hombre es sobre todo rozar con la dimensión misteriosa y trascendente de la persona. La verdadera psicología profunda es siempre una aproximación constante al misterio que guarda cada uno y si el hombre es realmente libre, siempre nos hallaremos caminando hacia lo humano que es no sólo el ser, también es su posibilidad de ser. La psicología como ciencia se encierra en la cápsula de la técnica y de la eficacia. Entonces desconoce lo sustantivo del ser.

El conocimiento del ser humano necesita de un saber especial que tenga como presupuesto inicial el saberse prejuicioso y superable. Que todo lo que se pueda conocer del hombre tiene siempre carácter provisional, y no porque no se lo pueda conocer en su dimensión sustantiva sino porque la dimensión sustantiva es inabarcable por su carácter inconmensurable. Estamos entonces en las mismas condiciones que Moisés en la “Montaña de Dios”, donde “Yahvé” (= Yo soy el que soy) se le apareció bajo la forma intocable de fuego. Entonces se estableció un diálogo religioso:

“Moisés vio que la zarza ardía, pero no se consumía. Dijo pues Moisés: “voy a acercarme para ver este extraño caso: por qué no se consume la zarza”. Cuando Yahvé vio que Moisés se acercaba para mirar, le llamó de en medio de la zarza: “¡Moisés, Moisés!” Él respondió: “Heme aquí”. Le dijo: “No te acerques aquí; quita las sandalias de tus pies, porque el lugar que pisas es suelo sagrado”...” (Exodo 3:2-5)

Al igual que Moisés en la montaña, el psicólogo debe saber que no sólo observa desde “abajo” a un organismo (gr. Organón = instrumento) psico-físico sino sobre todo a un ser psico-espiritual (persona) que es libre. Y debe saber que la “tierra que pisa” es lugar cuasi sagrado. Ante aquél los prejuicios y técnicas de último minuto quedan en categoría de metodología estéril porque se enfrenta a un ser singular hambriento siempre de cosas nuevas.

En este sentido, la psicología humana no presume ser la verdad definitiva sino que reconoce su carácter de insuficiente y cuando habla del hombre sabe cuando “quitarse las sandalias” porque se da cuenta que todo saber sobre el hombre tiene siempre carácter provisional. El reconocimiento de la provisionalidad de nuestros conocimientos es sólo una expresión de respeto ante el misterio de lo humano.

Después de tan detallada y profunda exposición acerca de la estratigrafía del alma, Philipp Lersch sabe que sólo había caminado a tientas. Era lo suficientemente hondo como para reconocer que un libro acerca del hombre no podía terminarse mas que con humildad:

“...la vida anímica del hombre constituye siempre el ser de una unidad indivisible, incanjeable, irrepetible, procedente de un fondo metafísico en el que está anclada. Esta profunda y más última referencia al ser anímico humano se halla más allá del total conocimiento psicológico empírico. El secreto metafísico de la individualidad, los designios de Dios para cada ser singular, el sentido de su unidad, insustituibilidad e irrepetibilidad, no puede ser abarcado ni formulado en una forma meramente racionalista. Solamente el amor nos permite entreverlo. Por eso debe ser preceptivo en toda tarea psicológica el respetarlo con veneración. Tan sólo cuando la Psicología, como ciencia del hombre, cumple con tal precepto, puede acreditar su propia humanidad.” (LERSCH, 1974 : 587)

Esta psicología humanista, la que nos ha legado Philipp Lersch, es una psicología profunda. Reconocemos la profundidad desde la altura de lo espiritual. La psicología humanista es la reivindicación del espíritu en las ciencias de la conducta.

Al espíritu le llamamos psique, yo o sí mismo. Yo le llamo sí mismo personal o yo mismo. Cuando hablo de él hablo del espíritu, de aquella esencia incomprensible que comprende y que soy yo mismo al margen de mi nombre y de mi quehacer. Al margen de lo que yo superficialmente pienso que soy y de lo que soy ante los demás. Sólo me quedo en silencio, pues en silencio es la única manera de no deformar lo que quiero decir, lo que soy, o quien soy.

Y entonces recorro a un lenguaje analógico que dice mejor que yo las cosas: Mientras más elevamos la voz ante otro yo, mayor es nuestra necesidad de imponer nuestra idea errada o acertada. Mientras más baja está la voz, más íntima y más

amorosa se vuelve. ¿Cómo le habla una mamá a su bebé? ¿Cómo conversan los enamorados? ¿Cuál es el lenguaje divino sino el del silencio?

Intuyo que sólo por medio de una vida silenciosa (amorosa) puedo llegar a la plenitud de mí mismo. El camino humano es paradójico. El amor es auto olvido.

REFERENCIAS

- CHIAPPO, Leopoldo.(2002) *Psicología del amor*. Ed. PEISA, Madrid.
- FRANKL, Viktor.(1990) *Logoterapia y Análisis existencial. Textos de cinco décadas*. Ed. Herder, Barcelona.
- GRUENDER, Hubert.(1911) *Psicología sin alma*. Ed. Difusión, SA. Buenos Aires.
- LERSCH, Philipp.(1974) *La Estructura de la Personalidad*. Ed. Scientia, Barcelona: 1974.
- LÓPEZ IBOR, Juan José.(1963) *Lecciones de Psicología Médica*. Ed. Paz Montalvo, Madrid.
- MERANI, Alberto (1976) *Diccionario de Psicología*. Ed. Grijalbo. Barcelona.
- TITZE, Michael. (1983) *Fundamentos del Teleoanálisis adleriano*. Ed. Herder,Barcelona.